



VII.

Mirando al cielo. (1)



UÉ noche tan hermosa,
Dios mío! ¡Qué espectáculo
tan grandioso y encantador!
La noche ha cubierto con
su manto de sombras indefinidas
la altísima Giralda, las agudas to-
rres, las altas chimeneas y soberbios
edificios de la reina del Guadalquivir.

El murmullo de la ciudad se ha ido ex-
tinguiendo lentamente, cediendo su lugar
al silencio nocturno, interrumpido algunos
momentos por el ladrido de los perros, por

(1) Escrito en Sevilla como los siguientes.—
N. del A.

el pito de los serenos, por el silbato de la máquina que en la estación maniobra, ó por el sordo ruido de algún coche que se aleja precipitado hacia la puerta de la Macarena.

En medio de este silencio, de estas sombras y de esta soledad de la noche callada, me dirijo á tí, Dios mío, porque mi alma necesita comunicarse contigo, y contemplar absorta las obras de tus manos.

Ese firmamento tachonado de estrellas atrae hacia sí la mirada de mis ojos y los afectos de mi alma, presa ahora de una emoción dulce, vaga é irresistible.

¡Qué noche tan hermosa, Dios mío!
¡Qué espectáculo tan arrebatador!

Al contemplarlo, siento que mi alma quiere lanzarse á los espacios, y se agita ó tiembla, como tiembla el pajarillo y agita sus alas antes de levantar el vuelo y remontarse por los aires.

¡Oh! ¡quién me diera vuelo de paloma para volar por esos espacios sin límites conocidos! ¡Oh! ¡quién pudiera, Dios mío, sondear los misterios de la creación y surcar ese piélagos de tibia luz que difunden

en el firmamento los millones de astros que formó tu mano poderosa!

Quisiera, Dios mío, vagar por los aires, flotar en las nubes, bogar por el éter, nadar en ese océano de luces palpitantes, perderme en la inmensidad de esos mundos, y no parecer hasta encontrarme en tu presencia, postrado á tus plantas, cantándote el himno de los querubes.

Esto quisiera mi alma; pero son vanas sus ansias é inútiles sus esfuerzos, porque la pesadez del cuerpo impide su vuelo y no la deja subir. ¿Quién la librará de este cuerpo de muerte? ¿Quién desatará los lazos que á él la unen?

Fe sacrosanta, dame tus alas, que con ellas voy á remontarme por la extensión inmensurable del cielo, y á cantar con los ángeles al son de sus cítaras los versos del salmista, á esos cielos que del Señor las glorias cantan. ¡Sí, Dios mío!

Los cielos dan pregones de tu gloria,
Anuncia el estrellado tus proezas,
Los días te componen clara historia,
La noche manifiesta tus grandezas...

Y en la noche silenciosa, ese cielo que ven los ojos extendido y desplegado por tu mano, cual inmenso pabellón que cubre la tierra; las estrellas en él suspendidas, como lámparas de la creación colgadas por Tí para alumbrar el espacio entenebrecido; esas luces misteriosas que al parecer las apaga el día y la noche las enciende, me hablan de Tí y me hacen ver tu nombre tres veces santo, escrito en la obscuridad con letras de fuego.

¡Oh, qué hermosa es la noche estrellada! ¡Qué espectáculo tan encantador ofrece á mis ojos!

Gran desgracia sería, oh Señor, la del ciego que por falta de vista corporal, no pudiera contemplar esta hermosura; pero aún sería mayor la del hombre incrédulo, la del sabio estúpido, que por falta de fe no hallara tu nombre augusto escrito con caracteres de estrellas en mitad del firmamento.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuán grande es tu poder! ¡Cuán magníficas tus obras! ¡Cuán hermoso tu cielo!

*
**

Y si tan hermoso es lo que descubre la vista, ¿qué será lo que alcanza la razón? Mucho ven los ojos en el cielo estrellado; pero la razón y la ciencia ven más, mucho más.

La razón y la ciencia me dicen que cuanto ven mis ojos es aparente y muy distinto de la realidad; me dicen que ese cielo no es la bóveda de la tierra, ni las estrellas lámparas en él colgadas para alumbrar la noche.

Me demuestran que la tierra en que vivo es un globo que gira en el espacio; y que este espacio se extiende alrededor de ella en todas direcciones.

Me prueban que á esta esfera terrestre la circunda una atmósfera azulada, en cuyo seno nacen las nubes y se forman las tempestades.

Me enseñan que ese globo con su ac

mósfera vuela vertiginosamente por el espacio con la espantosa rapidez de medio millón de leguas por día.

Me aseguran que ese espacio es un mar sin superficies, fondos ni límites conocidos, en el cual navega nuestro planeta arrastrado por la ola misteriosa del tiempo y por la atracción más misteriosa todavía de esa quimera que llaman gravitación universal.

Me demuestran que la tierra no es sino uno de tantos globos como pueblan los espacios; y que esa multitud de estrellas que mis ojos descubren, ó son soles como el nuestro, cuyas distancias los hacen aparecer imperceptibles, ó planetas que giran alrededor de su centro, como nuestra tierra alrededor del sol.

Me afirman que la distancia de esas estrellas es tan grande, que su luz, corriendo más de tres millones de leguas por minuto, echa lo menos tres años en llegar hasta nosotros.

Me aseguran que hay astros de esos á distancias tan inmensas, que andando su luz cincuenta y cuatro mil leguas por segundo,

echa millones de años en recorrer el espacio que de nosotros la separa....

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué inmensidad! ¡Cuán distantes están los límites de la existencia! ¡Qué lejanas las fronteras de tu imperio! Esa polvareda de astros que levantó el soplo de tu omnipotencia, y que aparece á mis ojos como lluvia de diamantes, ¿son otros tantos mundos?

¡Sí, Dios mío, sí! y esos mundos son tuyos y obras de tu mano poderosa. ¡Señor de los mundos! ¡Hacedor de los astros! ¡Creador de los tiempos y Rey de los siglos! mi alma te adora, mi corazón te ama, mi lengua bendice tu poder, alaba tu sabiduría y canta tus bondades.

Esos mundos perdidos en la inmensidad, esa multitud de globos incandescentes, esas legiones de estrellas encendidas son tuyas, y Tú eres mi Dios y mi Padre amantísimo. ¡Padre mío y Dios mío! ¡Señor de los mundos y Hacedor de los astros, bendito seas!

¿Cómo el hombre no te ama? ¿Cómo tiene su corazón pegado á la tierra? ¿Cómo no

se para á contemplar las obras de tu omnipotencia? ¿Cómo no se extasía, al fijar su mirada en ese cielo estrellado?

¿Quién es el que esto mira
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma; y de estos bienes la destierra?
¡Morada de grandeza!
¡Templo de claridad y de hermosura!
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel, baja, obscura?

¡Yo quiero salir de esta cárcel, Dios mío!
yo quiero volar á Tí, y contemplar esos astros con que están empedrados los caminos de tu alcázar soberano. ¡Oh qué globos tan brillantes! ¡Qué noche tan hermosa! ¡Qué escena tan encantadora!

*
* *

¡Vía láctea, camino de Santiago! Vivero ó torbellino de estrellas, que te extiendes

como zona luminosa por esa concavidad celeste, dime: ¿son muchas las almas que á esta hora tienen fijos en tí sus ojos?

Apacible claridad, que pareces hecha para alumbrar de noche las oraciones del justo sobre la tierra; ¿estás alumbrando ahora la plegaria de muchos justos? ¿Suben por entre tus nebulosas muchas oraciones hacia el empíreo? ¿Hay almas que absortas te contemplan en este instante, cual te contemplan mis llorosos ojos?

Si es así, háblales de Dios, mi Padre, á esas almas, hermanas mías; pero si es lo contrario, si ves corazones que se arrastran por la tierra ó duermen en el vicio, entonces clámales con voz de trueno:

¡Oh! ¡despertad, mortales!
¡Mirad con atención en vuestro daño!
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay, levantad los ojos
A aquella celestial eterna esfera;
Burlaréis los antojos
De aquesta lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¡Ay! Dios mío, yo quiero burlar los engaños de esta vida seductora, y no amar sus alegrías ni temer sus penas. No quiero temer mal que se acaba pronto, ni quiero dicha que termine presto; sino la dicha interminable de morar en esas venturosas regiones del cielo con tus santos y escogidos, paseándome por esos astros pregoneros de tu gloria.

*
* *

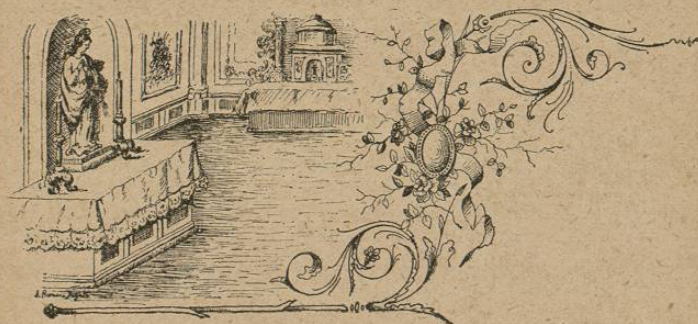
Nuevo grupo de estrellas aparece en el oriente, y tras ellas vendrá el lucero matutino abriéndole las puertas del horizonte á la blanca aurora, que con su manto de luz eclipsará el brillo de las estrellas.

Yo me retiro á descansar un poco y á soñar con esos astros, flores del jardín eterno, faros que me indican el puerto venturoso hacia el cual navego.

Adiós, estrellas queridas; y cuando vuelva mañana á conversar con vosotras, ha-

bladme otra vez de mi Padre celestial y decidme si levantan sus ojos hacia vosotras muchos desterrados de los que gimen y lloran en este valle de lágrimas.





VIII.

En su Capilla.

Aquí en la soledad y silencio del templo te busco, oh Jesús mío, porque mi alma atribulada necesita el consuelo divino que tú sólo puedes darle. Por eso desprecio las delicias y el tumulto del siglo y vengo aquí á postrarme de hinos ante tu altar y á contarte mis pesares. ¡Oh qué dichoso seré, si te dignas escucharme!

¿Mas por qué, alma mía, estás tan entristecida? Aquí á los pies de Jesús, luz del cielo, se disiparán las negras sombras de tus tristezas. Si te molesta la vanidad de los

hombres, si te aflige el trato de las criaturas, si te hastía la conversación del mundo, aquí tienes á Jesús, cuyo trato todo lo dulcifica.

Si la aflicción que sientes tiene por causa las miserias de la vida, la deslealtad de los hombres ó la falsedad de los amigos, habla con Jesús, blanco de la contradicción de los hombres, objeto de vil traición por parte de quien se llamó su amigo, y El te consolará.

Si tu tristeza nace de la prolongación del destierro en que vives, ó de la ausencia de la patria amada por quien suspiras, llégate á Jesús compañero de tu destierro y prenda segura de la gloria advenidera. Llégate á El sin temor, que no serás mal recibida, ni saldrás de su presencia fatigada.

*
**

Así lo creo, Jesús amado, y así lo siento! Ya respiro con más desahogo, porque aquí en tu Capilla reina la paz, halla el corazón descanso y las lágrimas acuden á los ojos mezcladas de consuelos celestiales, que

cual lluvia benéfica templó la aridez de esta vida triste y endulza sus amarguras.

¡Oh qué dulce es contar las penas á quien se sabe que ha de consolarnos! ¡Tú eres mi Dios! consolador universal de todos los afligidos y descanso de todos los fatigados. ¡Oh qué grato es descansar en tí! Dichosos los que á tí acuden, y se alejan de ese mundo engañoso y sin entrañas.

Yo escuché sus halagos, dí oídos á sus promesas, surqué lo que en él se llama mar de felicidad, y sólo hallé inquietudes y amarguras. ¡Oh qué peligrosa y qué triste es la travesía del amargo mar del mundo! ¡qué molestas las horas! ¡qué pesados los días! ¡qué fastidioso todo! Los cuidados inquietan, los peligros acobardan, los temores perturban, la prosperidad envanece, la adversidad abate, las penas consumen y en vano se busca en el mundo consolación para las verdaderas penas.

¿Qué consuelo puede el mundo dar, si él es la causa de todo desconsuelo? Siendo la tierra valle de lágrimas, ¿qué ha de brotar de sus fuentes y qué ha de correr por

sus arroyos, sino lágrimas y llanto? ¡Lejos de aquí, mundo seductor! Detesto tus consuelos, porque están llenos de amarguras.

Tú sólo, Jesús mío, eres mi refugio y mi consuelo; tú el único que has calmado siempre las tempestades de mi alma; tú el que siempre me has dado fuerzas para cruzar este ancho y borrascoso mar de la vida, trocándome la pena en gozo y el llanto de dolor en llanto de alegrías inefables.

Contigo todo es gozar, pues, padeciendo por tí, goza el alma; contigo no hay pesar, porque tú quitas al corazón toda pesadumbre; contigo no hay males, porque tú de ellos sacas bienes; y por eso el alma encuentra en tí consuelo en sus penas, remedio á su dolor, alegría á sus tristezas y descanso á su fatiga.

¡Oh descanso verdadero de mi alma! Yo he pedido al hombre una limosna en mi pobreza, y á veces me ha socorrido; le he pedido una solución en mis dudas, y me la ha dado; le he demandado un alivio en mi adversidad, y también lo he recibido; pero le he pedido quietud para mi corazón, des-

canso para mi alma y nadie me lo ha podido dar.

Esto sólo tú lo das, Dios de mi vida, centro y reposo de todas las criaturas. Y si algún hombre fuera osado á ofrecerme ese reposo fuera de tí, creería de él que su soberbia le engaña ó que en su malicia miente; seguro como estoy de que sólo tú eres reposo de las almas y consuelo de los corazones.

¡Sí! no hay descanso fuera de tus muros, oh Corazón divino; y siempre lo hay en tí, porque eres alcázar donde el alma mora tranquila, aunque la intranquilidad lo cerque; oasis delicioso del desierto del mundo, en donde ya no hay desierto para el alma, lecho regalado, donde el cansancio no tiene entrada, y manantial perenne de inefables delicias.

*
**

Sólo conozco un mar sin tempestades; un mar que cual sereno lago siempre brinda tranquilidad y bonanza; y este mar es tu

corazón, oh Jesús mío, océano inmenso de bondad, cuyas aguas besan el puerto de la eternidad feliz. ¡Cuán grato es caminar hacia ese puerto! ¡Cuán hermoso navegar por ese piélagos infinito de purísimas delicias!

Naveguemos por él, alma mía, naveguemos sin parar, hasta llegar al término de nuestro viaje. Soplen, oh Dios mío, favorables los vientos de tus misericordias y corra mi alma por el mar de tus amores, hasta perderse en él para no salir nunca, y nunca dejarte de amar.

En tí quiero vivir, divino Amante, á tí deseo confiar mis secretos, á tí decir mis amores, á tí comunicar mis afectos, á tí entregarte el corazón. A tí quiero unirme, con lazo estrecho, porque cuanto más unido, tanto más sabré de tí; cuanto más sepa, tanto más conoceré tus perfecciones; cuanto más de ellas conozca, tanto más te amaré, y cuanto más te ame, tanto más gozará mi alma.

¡Oh alma mía! apártate del bullicio y ven con frecuencia aquí á los pies del Amado, donde hallarás siempre perdón para tus

culpas, aliento para tu flaqueza, luz para tus tinieblas, sustento para tu hambre, confianza para tus temores, alivio para tus trabajos, tesoro para tu pobreza, compañía para tu soledad, remedio para tus males, y descanso para tus fatigas.

¡Sí, amado mío! tú eres para mí descanso perdurable, paraíso de deleites, jardín de flores eternas, tesoro de todas las riquezas, y riqueza de bienes infinitos. ¡Oh, Jesús de mi corazón, amor de mi alma! verdaderamente eres camino, verdad y vida; camino recto, verdad infalible y vida segura; camino fuera del cual todo es extravío y perdición; verdad sin la cual todo es engaño y mentira; vida fuera de la cual no hay más que muerte.

De esta vida quiero vivir, esa verdad deseo saber, y por ese camino quiero andar todos los días de mi vida. Lejos de mí los caminos del mundo y la senda de los pecadores. ¡A tí sólo quiero, Dios mío; á tí sólo amo y en tí sólo espero! no sea jamás confundida mi esperanza.

